

Todos somos casos

Miruna Achim

Michel Foucault, *Los anormales*, Edición establecida bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana por Valerio Marchetti y Antonella Salomoni, traducción: Horacio Pons, México, Fondo de Cultura Económica, 2000

Durante la segunda mitad del siglo XIX, señala Michel Foucault, toda una dinastía de anomalías previamente desapercibidas empieza a poblar los anales de psiquiatría. Se reportan y se estudian sistemáticamente casos de agorafobia, claustrofobia, piromanía, cleptomanía, exhibicionismo, homosexualidad, y cuando un grupo se declara en contra de la vivisección de animales con fines científicos, casos de antiviviseccionismo. Estas “anomalías” (simples excentricidades en algunos de los casos, que siguen calificando nuestros propios trastornos hoy en día) se definen a fines del siglo XIX como fondos psíquicos permanentes, estados a partir de los cuales se tornan posibles todas las demás enfermedades físicas y morales, incluyendo el crimen. El interés por las anomalías en este momento histórico representa la culminación de todo un proceso de desarrollo y defini-

ción de la psiquiatría como disciplina, que empieza con el estudio de la locura en el siglo XVIII y amplía su enfoque para incluir todo comportamiento humano, hasta el aparentemente más inocuo. Así, el desarrollo de la psiquiatría refleja prácticas (no exclusivamente médicas) que fijan “lo normal” y dictan el comportamiento humano en todas sus manifestaciones posibles (desde lo sexual hasta lo económico). Al mismo tiempo, al definirse como el estudio de los anormales (esto es, posibles criminales), la psiquiatría llega a ocupar un terreno híbrido entre el discurso jurídico y el discurso médico, donde “se cruzan”, según Foucault, “la institución destinada a reglar la justicia y las instituciones calificadas para enunciar la verdad”. Los enunciados de la psiquiatría, dados su contenido y su lenguaje científicos, no podrían representar sino la verdad para una sociedad cuya fe es la ciencia, explica Foucault.

¿Cuáles son los procesos que constituyen a la psiquiatría como ciencia de la verdad y que le otorgan el poder de definir y separar sujetos, el poder sobre la vida y la muerte en nuestra sociedad? Y, ¿cómo extiende sus enfoques desde los locos más notorios del siglo XVIII hasta entamar a cada uno de nosotros en su

maraña de desórdenes, trastornos y anomalías? Éstas son algunas de las preguntas detrás del curso sobre *Los anormales* dictado por Michel Foucault durante el año académico 1974-1975 en el Collège de France.

Foucault había sido elegido al prestigioso Collège (entre cuyos miembros han figurado Roland Barthes, Claude Lévi-Strauss y Maurice Merleau-Ponty) en abril de 1970 para ocupar la cátedra de historia de los sistemas de pensamiento. Concebido como un órgano de investigación, el Collège requiere que cada uno de sus miembros dé un curso diferente cada año (gratis y abierto al público), para compartir sus investigaciones. Foucault ofreció cursos desde 1971 hasta 1982, dos años antes de su muerte. Sus clases atraían a numerosos interesados (al punto de impedir un verdadero diálogo y de llevar a Foucault a quejarse de su soledad) hasta que Foucault decidió impartir el curso de 1975-1976 a las nueve de la mañana, reduciendo así el número de los concurrentes.

El hilo conductor de sus investigaciones es la genealogía de las relaciones entre el saber, el poder y la verdad. Por lo tanto, entre sus cursos encontramos lo que Foucault modestamente llama “pequeñas ex-

posiciones sobre el procedimiento penal, consideraciones sobre la sofística, sobre la moneda griega o sobre la Inquisición en la Edad Media, el esbozo de una historia de la sexualidad a través de las prácticas de confesión en el siglo XVII o de los controles de la sexualidad infantil en los siglos XVIII y XIX". Productos, según el mismo historiador, de una "pereza febril" que afecta a "los enamorados de las bibliotecas, los documentos, las referencias, las escrituras polvorientas"; sus cursos abundan en anécdotas, casos ejemplares, referencias, pistas a seguir. Algunas de sus investigaciones adquirirán más tarde forma de libro, al privilegiar en parte la teoría sobre la abundancia referencial. La escritura congela y suprime la fluidez narrativa de la oralidad. Sólo recientemente, con la transcripción de varios de sus cursos a base de grabaciones y apuntes, podemos testimoniar la oralidad erudita de Foucault, la calidez extendida a sus alumnos, aunque sin el privilegio de su voz y su actuación. Es el caso del curso "Los anormales", editado bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana por Valerio Marchetti y Antonella Salomoni. Las intervenciones de los editores son mínimas, salvo para identificar referencias eruditas en las conferencias de Foucault o para proporcionar explicaciones o fichas bibliográficas; el libro incluye al final un "Resumen del curso" escrito por el mismo Foucault y publicado en el *Annuaire du Collège de France* en 1975 y una llamada "Situación del curso", escrita por los editores con el fin de presentar algunas de las premisas e investigaciones detrás del seminario.

El grupo de los anormales, según nos informa el mismo Foucault en el "Resumen del curso", se forma a partir de tres elementos que se inscriben dentro de sistemas autónomos de referencia: el monstruo, en-

tendido como excepción jurídico-natural, categoría que nos remite a la Antigüedad; el individuo incorregible, contemporáneo de la aparición de técnicas disciplinarias como el ejército, la escuela, la fábrica, en el siglo XVIII; y el masturbador, que corresponde a la reorganización del espacio familiar a finales del siglo XVIII. Foucault sólo desarrolla la genealogía del monstruo y del masturbador en *Los anormales*, aunque el incorregible aparece a lo largo de su obra en libros como *Vigilar y castigar*.

El monstruo humano como categoría conoció varias transformaciones. Durante la Edad Media, la gran mayoría de los monstruos eran seres fabulosos, mitad hombre, mitad bestia; en el Renacimiento, predominaban los siameses, mientras que en la "edad clásica" (siglos XVII y XVIII) los monstruos eran los hermafroditas, obligados a escoger un sexo dominante y a usar la ropa correspondiente. En cada una de sus encarnaciones, los monstruos violaban leyes religiosas y jurídicas. (¿Cómo bautizar a un ser de dos cabezas? ¿Bajo qué circunstancias se puede casar un hermafrodita?) Pero, sobre todo, los monstruos infringían leyes biológicas y naturales. A partir del siglo XVIII aparece la noción del monstruo moral, del criminal como monstruo. La transición se da alrededor del concepto de contrato social: si es natural que todos los miembros de la sociedad participen en un pacto social, el criminal que rompe ese pacto acaba de perpetrar un acto contranatura, un acto monstruoso que refleja su propia naturaleza patológica. (Así, durante la revolución francesa, tanto el criminal como el rey, los dos fuera de la ley, son clasificados como monstruos: el rey es un criminal permanente, mientras que el criminal es un déspota transitorio.) Particularmente llamativos son los crímenes

violentos sin razón, o sin una razón inteligible, que remiten, por lo tanto, a la locura. La psiquiatría nace en este momento de la necesidad de una institución de carácter jurídico-médica que pueda separar el crimen de la locura, codificar la locura como enfermedad, prevenir la enfermedad mental como precaución social y controlar al individuo peligroso.

El masturbador amplía la noción del individuo peligroso en la psiquiatría, que percibe la necesidad de codificar, no sólo los crímenes más aterradores, sino también los actos más cotidianos. La figura del masturbador nace a partir de dos tendencias diferentes: las técnicas de confesión y la atención a la sexualidad infantil. Primero, en los siglos XVI y XVII los manuales de confesión suprimen la importancia del vínculo entre el penitente y los demás (adulterio, sodomía, por ejemplo) en favor de la relación del individuo con su propio cuerpo. La pregunta "¿con quién?" se ve reemplazada en el manual de Habert en 1748 por toda una serie de preguntas diferentes: "¿Habéis hecho tocamientos deshonestos?, ¿cuáles?, ¿sobre qué? ¡Ah! ¿Era solamente por curiosidad (que era muy poco habitual) o por sensualidad o por excitación de los movimientos deshonestos ¿llegaron esos movimientos *usque ad seminis effusionem*?" La lujuria, concluye Foucault, empieza, a partir de este momento, con uno mismo.

Por separado surge a lo largo de los siglos XVIII y XIX el interés en la masturbación infantil. Aparecen folletos, libros y textos; el primer tratado comprehensivo es *Onania*, de Bekker, en 1718; es el momento del clásico de la masturbación *L'onanisme*, de Tissot, en 1760. En la opinión de estos médicos, educadores e higienistas, la masturbación es una enfermedad polimorfa, base de to-

das las posibles enfermedades. En el *Dictionnaire des sciences médicales*, publicado en París en 1820 bajo la definición de "Pollution", Foucault encuentra este laxo casualismo en la descripción de un joven masturbador:

Ese joven se encontraba en el marasmo más absoluto; su vista estaba completamente apagada. Allí donde se encontrara, él satisfacía las necesidades de la naturaleza. Su cuerpo exhalaba un olor particularmente nauseabundo. Tenía la piel terrosa, la lengua vacilante, los ojos hundidos, toda la dentadura descarnada, las encías cubiertas de ulceraciones que anunciaban una degeneración escorbútica. La muerte ya no podía ser sino el final dichoso de sus prolongados sufrimientos.

Aunque el vicio empieza en la infancia, el niño no tiene la culpa. Al contrario, la responsabilidad recae sobre la familia, entendida en su nueva constitución burguesa como célula organizada alrededor del niño. Los padres tienen el deber de vigilar sobre los sueños del niño, de supervisar manos traviesas y de husmear sábanas cada mañana. Para cumplir exitosamente con estas tareas, los manuales médicos ayudan a reconocer algunos de los síntomas de los pequeños masturbadores: "si languidecen, si sus párpados tienen un color azulado, si muestran languidez en la mirada, si muestran un aspecto cansado al salir de la cama". Hay también propuestas drásticas para combatir el vicio: la colocación de una sonda permanente en la uretra de los varones, la aplicación de un tubo metálico con agujeros que le permitirá orinar, y que se abrirá sólo una vez a la semana (en la presencia del mé-

dico) para la limpieza. De esta forma, la pericia psiquiátrica se convierte en una prolongación lógica de la familia. A partir de mediados del siglo XIX, la psiquiatría vincula la masturbación con la imaginación y las aberraciones y define el instinto sexual como la causa de monomanías e irregularidades. Por dislocaciones sucesivas, el pequeño vicioso se vuelve el gran criminal.

Al dirigir su atención de los grandes monstruos del siglo XVIII a los pequeños masturbadores del XIX, la psiquiatría amplía sus dominios para incluir a cada uno de nosotros. Todas las conductas del hombre son analizables y el poder de la psiquiatría es adaptable a todos los individuos de una sociedad. Este curso seguido por la psiquiatría no es exclusivo de esta disciplina, sino que corresponde a procesos de ordenamiento y de normalización que rigen todos los aspectos de la vida contemporánea a partir de finales del siglo XIX. Para Foucault, el poder moderno no funciona a través de un estado centralizado, con todas sus connotaciones de abstracto y masivo (es el caso del poder monárquico solamente), sino que circula y manifiesta su presencia en la vida cotidiana a través de retículas cada día más finas. Es a este nivel de lo diario, de las escuelas, los hospitales, las fábricas y la familia, de su compleja "microfísica", que el poder se ejerce con mayor eficacia y se sustenta a base de normas que pasan por únicas e incontrovertibles verdades.

La relación entre el poder y la verdad es uno de los temas más constantes en la obra de Michel Foucault. ¿Cómo funciona esta relación? Primero, Foucault desacraliza la noción de la verdad al negarla como el privilegio exclusivo de unos cuantos espíritus libres; al contrario, la verdad se produce gracias a múltiples coacciones. Así, cada sociedad tiene su propio régimen de verdad y dis-

cierno categóricamente entre los tipos de discursos que acoge como verdaderos o rechaza como falsos. En la sociedad contemporánea, sugiere Foucault, la verdad tiene su base principal en la ciencia y es producida y transmitida bajo el control de ciertas instituciones, como la escuela y los medios masivos de comunicación. Llegamos, de esta manera, al carácter tautológico de la verdad: la ciencia es verdadera porque confiamos en ella como fiel imagen del mundo; a su vez, la verdad es verdadera cuando es científica. En el caso ya examinado de la psiquiatría, su poder de definir y de pasar juicios y normas surge al mismo tiempo que la constitución de la psiquiatría como ciencia de nuestros actos más ínfimos, la última palabra sobre nuestra cotidianidad.

¿Existe la posibilidad de escapar de la definición tan capciosa de nuestras verdades? O mejor dicho, ¿es posible la resistencia a las verdades masivas de hoy en día? Y, finalmente, ¿de qué manera se puede ejercer la resistencia? Foucault, cabe recordar, escribe en el ambiente posterior a 1968, un ambiente caracterizado por el cuestionamiento de las cosas, las prácticas, las instituciones y los discursos. Por un lado, Foucault, como Sartre, lleva la crítica a las calles, al protestar contra las condiciones en las cárceles y los manicomios y por los derechos de los inmigrantes y de las minorías sexuales. Por el lado de la teoría (que junto con la práctica forma parte de una misma estrategia de lucha), el historiador desconfía de sistemas globales de pensamiento y enfatiza la eficacia del fragmento y de los discursos discontinuos, particulares y locales (en este sentido Foucault ha sido reivindicado como precursor por el posmodernismo). El resultado es un modelo de la historia como genealogía, reflejada en luchas, estrategias y tácticas de bata-

lla entre diferentes instituciones y tendencias: por ejemplo, la historia de la psiquiatría se traza a través de la intervención y negociación entre varios vectores (como la historia de la monstruosidad, la formación de la familia burguesa y las características de la confesión cristiana). Foucault critica el funcionamiento de la

psiquiatría contemporánea al exponer las arbitrariedades y puras coincidencias que rigen su consolidación y formación. Se trata, sugiere el historiador, “de poner en juego unos saberes locales, discontinuos, descalificados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos y ordenarlos”.

Para Foucault, la erudición histórica y la investigación metódica y exacta en los archivos del pasado cuestionan y pulverizan las verdades congeladas del presente, desmascaran el rostro grotesco, obtuso y, ¿por qué no?, cantinflesco de los poderes que definen y normalizan nuestras vidas.

Vecinos y trabajadores

Gerardo Necochea

John Lear, *Workers, Neighbors, and Citizens. The Revolution in Mexico City*. Lincoln Nebraska. University of Nebraska Press, 2001, i-xii + 441 pp.; incluye bibliografía e índice analítico.

El libro de John Lear versa sobre un asunto que ha reclamado la atención de los historiadores por un tiempo considerable. Sin duda no es un acierto menor el ofrecer una visión novedosa sobre la historia de los obreros en el periodo de la Revolución mexicana. Es encomiable la complejidad con que Lear entreteteje temas ya conocidos, economía y política, con otros que lo son menos, desarrollo urbano y cambio cultural. Su tratamiento de la cultura urbana de los trabajadores ofrece perspectivas incisivas aun cuando, en opinión de este lector, el análisis es insuficiente. Ello no demerita el texto, ya que su importancia reside en revelar problemas y preguntas antes no contemplados por los investigadores y que prometen ser vetas fecundas de investigación y discusión.

El libro examina la experiencia de las clases trabajadoras en la ciu-

dad de México a lo largo de aproximadamente cuarenta años. Si bien, como ya he dicho, éste es un camino ya muchas veces recorrido, Lear interroga las señales con nuevas preocupaciones. Hace evidente la ruptura con investigaciones previas moldeadas por las perspectivas corporativistas y dependentistas. El autor apunta que tales investigaciones, al negar la influencia histórica de los trabajadores, terminaron situando la explicación en las esferas del estado y las estructuras del mercado mundial. Lear, por el contrario, enfoca lo que denomina un ciclo autónomo de movilizaciones obreras que inicia en el porfiriato y culmina en la década de 1920.

El ciclo inicia en los años finales del siglo XIX, cuando las clases trabajadoras de la ciudad atraviesan por dos procesos entrelazados. Por un lado, la transformación del espacio urbano que resulta en una separación de los trabajadores de otros grupos sociales. Por otro, la transformación del trabajo, que no sólo cambia las rutinas sino también la compleja estructura social de las clases trabajadoras. Así, en los primeros años de la revolución, a gente trabajadora de la ciudad se encuen-

tra atareada en la elaboración de nuevas identidades sociales. En la medida en que confrontan y enfrentan los poderes del gobierno y de los empleadores, cambia su cultura, sobre todo su cultura política. La mutación se hace evidente en el tránsito de las formas de organización, del mutualismo a las sociedades de resistencia a los sindicatos. La narración histórica persigue la comprensión analítica de cómo se forja una alianza entre trabajadores con y sin oficio calificado, y entre hombres y mujeres; cómo, simultáneamente, las diferencias culturales entre ellos disminuyen y los motivos y demandas de sus luchas fusionan preocupaciones laborales y de consumo. Estos diferentes hilos se anudan en la huelga general de 1916.

La última parte del libro trata de las relaciones entre los trabajadores y las distintas facciones revolucionarias. Éste ha sido un tema por demás favorecido en las historias laborales, que destacan el pacto de 1916, la creación de los batallones rojos y el posterior apoyo a las ambiciones de Obregón, e interpretan que fueron decisivos en la subordinación de las organizaciones obreras a los designios del estado. Lear en cam-